

ALFONSO MONTORO

**LA VERDADERA
HISTORIA DE
LUCRECIA
VIÑAL**



CASA de CARTON

LA VERDADERA HISTORIA
DE LUCRECIA VIÑAL

Alfonso Montoro

**LA VERDADERA HISTORIA
DE LUCRECIA VIÑAL**



CASA d' CARTÓN

© Alfonso Montoro, 2015

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2015

© Fotografía de cubierta: Jesús Peña, 2015

© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales Eclipsa, 2015

Editorial Casa de Cartón

editorial@casadcarton.es

www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados.

Primera edición: Octubre 2015

ISBN: 978-84-943027-6-3

Depósito Legal: M-30359-2015

Printed in Spain

Imprenta Print House

Sabiendo nada más que vivir
es estar a solas con la muerte.

LUIS CERNUDA.

Las batallas se pierden
con el mismo espíritu con el que se ganan.

W. WHITMAN.

1

De todo esto ya hace más de lo que debiera; pero, a veces, por mucho que pase el tiempo... Por eso he decidido contar, y puede que para convencerme de que esta fue la forma en la que todo sucedió.

Aquella mañana Lucrecia se levantó más tarde de lo habitual. Era cerca de las once, y el día estaba impregnado de una deslumbrante claridad, fría y otoñal. Noté que esa semana ella estaba algo inquieta, pero no lo tuve muy en cuenta, nos conocíamos. Tras uno de sus requerimientos me dirigí a su despacho.

—¿Se puede?

Nadie contestó.

—¿Lucrecia? —pregunté llamando a la puerta, apenas si empujándola: de espaldas, ella permaneció frente al ventanal.

—Disculpa, estaba algo distraída —tomó asiento con un ademán que me invitó a hacer lo mismo—. Ante todo, debes saber que esto no es fácil para mí.

—¿Qué es lo que pasa?

—Eso no importa ahora —metió algo en el cajón—. He decidido prescindir de tus servicios.

—Pero...

Atajó mis palabras alzando un poco la mano:

—No, no hables, Dionisio... por favor..., eso lo haría todo más difícil.

—Ya sabes que...

—Dionisio, por lo que más quieras... —me clavó una mirada, cálida, rabiosa, que no supe traducir, y que no admitía réplica.

Luego abrió el cajón y sacó un sobre como apartándolo de sí: aquí tienes tu finiquito. Esta tarde iré a la capital... pasaré allí unos días, espero estar el lunes de vuelta, hasta entonces puedes tomarte el tiempo que quieras. Acerté a mirarla. Todo pasó lento, rápido, y un sordo estruendo me sacudió.

—Te llamaré si necesito alguna cosa.

Bajé de nuevo al jardín y acabé de barrerlo. No vi a Lucrecia durante el resto del día. Fueron constantes las tentaciones de ir a buscarla para pedir alguna explicación.

Antes de acostarme y, en un ritual de ausencia, preparé la maleta: junto a mis camisas y pantalones, también preguntas, cosas por decir... El insomnio volvió a morder esa noche, hasta que conseguí asomarme al amanecer: junto a la verja de entrada Román ya la ayudaba con la maleta. Después salí y fui hacia donde él, hasta colocarme a su altura. Ambos nos apoyamos en ese silencio, en el ronquido de barro y humo del motor, y de nuestros pensamientos. *Mercurio* iniciaba la carrera tras el taxi, esos ladridos puntiagudos me revolvieron.

—Así son las cosas —oí como respuesta a una pregunta que nadie había hecho, que se mascaba.

—¿Y qué son esas cosas, Román? —le pregunté increpando al mundo.

Sentí que Román escribió la respuesta con una prudencia que solo le permitió decir que ya se iría viendo. También mi prudencia le correspondió con un gesto de fastidio, y di media vuelta: tenía que acabar con el equipaje.

Lo inesperado de la situación me hizo darme prisa, quería coger el próximo autobús que saliera para cualquier lugar..., entonces me vino a la cabeza la negra, quién si no. Los arañazos de las dudas, algún anhelo, y parte de lo que me rodeaba indicaban el camino. En la primera esquina de la calle Bastidores ya se apostaban Lolo y el viejo.

—¿Es que te vas, Dioni? —afanosa, la interminable mandíbula de Lolo rumiaba un trozo de paloduz.

—Eso parece.

—¿Y por qué? ¿Es que no estás bien?

—Así son las cosas —respondí con un orgullo patético, sangrante.

—Haznos saber de ti de vez en cuando. Ya sabes que nosotros no tenemos pérdida.

—Lo haré —pude prometer antes del desatinado achuchón de Lolo; del comedido, pertinente de Román: ánimo, chico.

La despedida ya reunía tras las cortinas y disimulos al público habitual, sus tan recurrentes suposiciones. Apoyé los primeros pasos como en el sabor de una almendra amarga y encaré la calle Ramón y Cajal, al fondo la parada... Estuve un buen rato apoyado en el tronco de ese naranjo que nunca acababa de secarse, hasta que llegó fatigoso, sorteando los baches, esquivando algún perro, el mismo autobús que un tiempo atrás me había dejado allí.

2

Cuando llegué al monasterio, había perdido la costumbre de medir el tiempo, o puede que el interés por hacerlo. Recuerdo todavía al tío Tomás esperando con las manos cruzadas por delante, con esa tan suya serena convicción en el rostro.

—Ya estás aquí, Dioni —dijo sosteniéndome por los antebrazos—. ¡Cuánto tiempo que no nos veíamos!

—Es esta vida que no se para.

—Vamos —acompañó sus palabras con el gesto—, ya tendremos tiempo para hablar.

Caminamos en el anochecer, cuidado ahí, Dionisio, entregados a sus designios, a un silencio conciliador, escurriéndonos entre las sombras de pinos y cipreses, había vistas bonitas, ya lo vería, en los ratos libres paseaban por allí, que cómo estaba Angelines, traía un regalo de su parte, el tío negó con la cabeza como si supiera de qué se trataba: ya casi teníamos el monasterio frente a nosotros.

Junto al maltrecho portón de entrada un monje barrigudo nos dio la bienvenida. El tío hizo de anfitrión:

—Este es el padre Quintana, y padre, este es mi sobrino Dionisio, del que ya le he hablado.

—Un placer —dije estrechando su mano de oso.

—El placer es mío —correspondió y me liberó ágilmente de mi maleta sin que yo pudiera evitarlo.

Desfilamos por lo desgastado y anguloso del claustro hasta toparnos con un pórtico del que subían unas escaleras bifurcándose.

—¿Es eso latín? —pregunté al ver unas inscripciones.

—Exacto —el tal Quintana como traductor—: El trabajo, auxilio del alma.

—No todo tipo de trabajos —repuse, sin convicción.

Ambos me miraron como si yo hubiese hablado en alemán.

—Ni más, ni menos —respondió mi intérprete varios escalones por delante.

—Como verás, Dioni, esto no es ningún hotel, pero tampoco una cárcel. Poco a poco han ido mejorando las instalaciones, aunque aún queda mucho por hacer —continuó el tío algo resignado—. En esta planta tenemos las habitaciones, una biblioteca y una galería para los enfermos, justo enfrente, que es la más soleada; y por aquí se llega a nuestros aposentos —indicó.

Era un pasaje corrido con unas lamparitas que intentaban alumbrar las entradas acortinadas que daban paso a las correspondientes células. En un principio, en cada uno de estos cuartos dormían dos o tres hermanos, aunque hoy solo están ocupados por uno, y no todas: ya sabes, Dioni, que los entresijos del alma no están de moda... Seguimos por el corredor, el padre Quintana giró para entrar en una habitación. El tío lo siguió, y yo a él: este será tu lugar, como ves, descansarás con nosotros. Hace un tiempo que clausuramos la galería contigua que se dedicaba a los novicios. Hoy solo tenemos a Agustín, añadió Quintana soltando la maleta sobre el jergón, no le vendrá mal algo de ayuda, concluyó el tío.

Nada más abrí las maletas.

—Ya lo harás luego... —la cena era a las ocho y media, y había que ser puntual—. Después el prior quiere conocerte, ya le hablé de tu caso.

Y cómo olvidar aquella primera cena, sobre el frío poyete: sopa, patatas asadas y membrillo; a un recodo del refectorio, y con la escueta (aún) hospitalidad del resto de los comensales, que dio paso a mi visita a don Joaquín, el prior.

—Con su permiso —dije tras llamar a la puerta.

—Adelante, adelante.

Era un hombre alto, de recia delgadez, calva incipiente y sabedor de que estaba al frente de aquel ruinoso monasterio y que este era tal; un gabán caía sobre sus hombros como una maldición. Levantó la cabeza del escritorio de ébano y con sus

ojos desorbitados me invitó a entrar, acomodándose en su asiento. Daba la sensación de que aquel despacho era el de un negocio a punto del cierre, no se necesitaría mucho para una intendencia de este tipo, pensé. Una corriente de aire serpenteaba por el cuarto.

—Por fin le conozco —me valoró—. Su tío me habló de usted.

—Espero que bien.

—No se equivoca, aunque las palabras son insuficientes... Pero pase y siéntese —completó dando un sorbo de un tazón—. No sé lo que anda usted buscando, pero pronto se dará cuenta de lo que aquí puede encontrar. En todo caso, y hasta que lo haga, ha de saber que mientras esté con nosotros será uno más.

—Tengo mucho que agradecerles.

—No tiene que agradecer nada, hijo —repuso mientras dirigía la locura de sus ojos hacia mí—. Esto es propio entre las personas, o al menos debería serlo.

Me resultó una charla cómoda. Aunque debido a que el tío Tomás aún no sabía lo que había sucedido, ni yo sabía exactamente lo que había hablado con el prior, me limité a secundar lo que don Joaquín iba diciendo, sin muchas florituras.

—... y no se preocupe, tardará un tiempo en adaptarse.

—Intentaré que sea el menos posible.

—De todas formas, aquí tiene nuestro horario detallado. Por lo demás, mañana lo conocerá mejor.

—Gracias de nuevo.

—No tiene que darlas, hijo —y volvió a acomodarse las gafas, para perder de nuevo la vista en esos folios amarillentos que reclamaban su atención.

Durante el tiempo que aguanté allí visité su despacho en alguna ocasión más: recibiendo alguna queja o censura, intercambiando pareceres o silencios. El resto se inscribió dentro del horario que coloqué en una de las paredes de mi cuarto, y al que me adapté lo mejor que pude.

El padre Quintana —que se convirtió junto con el tío en algo así como mi mentor— era el encargado de elegir la música que se extendía por el corredor a través de los altavoces de las seis de la mañana. Allí, en ese frío creciente, animoso, irrumpían aquellos cantos indefinidos..., o en ocasiones hasta alguna

petición expresa para animarnos a hacer la cama y ordenar la taquilla. Después de los rezos pertinentes apurábamos el desayuno: corre, muchacho, corre, que hay que ponerse manos a la obra. El primer turno de trabajo acababa a la hora del almuerzo. Me sumé a él junto a Agustín, ambos encargados de la limpieza de la planta baja. Transcurrían las semanas en una rutina hacendosa, que por lo menos logró que las horas que pasaban se me revelasen como consecuentes.

—Alegra esa cara —me recomendaba Agustín. La suya tampoco es que fuera para entusiasmarse.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —por un momento me sentí preso entre aquellos muros indolentes, rajados.

—El próximo martes hará diez meses.

Tardé en volver a preguntarle.

—¿Va todo según lo planeado?

—Bah, la falta de recursos nos suele retrasar. Aunque ahora por Navidad siempre hay algún dinero extra.

—Algo es algo —dije mientras escurría la fregona en el cubo.

—De paso uno aprende un poco de todo.

—¿Qué tenemos que hacer cuando acabemos aquí?

—Ir al gallinero.

—Cuac, cuac, cuac —y le estampé a Agustín la fregona en las pantorrillas para luego escurrirla en el cubo.

Pero no todo era trabajo, también teníamos biblioteca y algunas horas y espacio por el que pasear, incluso ¡instrucción pugilística!

—Ya perdió usted la forma, Quintana.

—No peques de soberbia, muchacho.

—¿Y llegó muy lejos en esto del boxeo, padre?

—No, pero me sirvió para aprender algunas cosas de la vida —antes de fintar y alcanzarme con la izquierda. Me tambaleé.

El tío Tomás tardó en pedirme las oportunas explicaciones.

—Podría hacerlo en confesión ya de paso, tío.

—Como tú quieras, Dioni, espérame junto al confesionario mientras me preparo.

No sin cierta intranquilidad aguardé al tío. ¿Qué era lo que pensaría de mí cuando le contase? ¿Cómo se lo contaría?

—Ave María Purísima —aún recordaba mi infancia.

—Sin pecado concebida.

—Sería difícil saber hace cuánto que no me confieso —intenté hacerme al ambiguo claroscuro del confesionario, empujando la torpeza de las primeras palabras.

—Esto no es un examen de historia.

—Tampoco sé muy bien por dónde empezar —dije para ganar tiempo, repasaba algunos de aquellos hechos, como para buscarles un orden.

—Tranquilo, empieza por el principio.

Entonces dudé.

—Hace un tiempo que me siento perdido —me vi a mí mismo indefenso, prescindible—, me vinieron mal dadas, padre...—mi voz se quebró—, he hecho cosas que no estaban bien...

—Eso nos ha pasado a todos.

—Pero las circunstancias me arrastraron.

—Nadie aprieta el gatillo por nosotros.

—Fue como si me pusieran la pistola cargada sobre la palma de la mano.

—Continúa.

Hasta la fecha un goteo implacable me había ido minando. Era extraño creer en algo, sin la necesaria ingenuidad para entusiasmarme, sin propósitos o significados. Y un hombre así, un hombre que está solo y sin nada que perder, asume cualquier cosa como válida. Pase lo que pase o haga lo que haga, la vida de uno no cambia. ¿Y qué podía exigir yo a esas alturas de la mía?

El tío escuchó el resto de mi confesión en silencio hasta que acabé de relatarle los hechos, haciéndome sentir como si yo no existiese.

—Podría mandarte un sin fin de oraciones, pero no sé cómo anda tu repertorio.

—No es muy extenso.

—Aprende a encajar, que los reverses no te minen, Dioni, todo es nuestra voluntad. Has de esperarlo todo de Dios.

—¿Y dónde está?

—El pintor está dentro del cuadro.

—Pero el cuadro es grande.
—Busca en las grietas.
—No sé hacia dónde ir. Me siento perdido.
—Buscamos el camino sin saber que ya estamos en la meta.
—Pero esto se mueve.
—Sí, pero con nosotros... Paciencia, solo paciencia, busca dentro de ti, aquí tendrás tiempo de sobra.

Pensándolo mejor, puede que me hubieran sobrado algunas jugadas, las mismas a las que me había acostumbrado. Un círculo vicioso de emociones más o menos intensas, rehusando, sin querer saber, de un vacío que antes o después llega... De pronto me encontré con una guerra que no podía ganar. ¿Debía desistir? ¿Cómo rellenar esos huecos? ¿Dónde estaba la salida? Mientras buscaba las respuestas —girando otra esquina, fumando otro desengaño o dedicándome a la inutilidad de un nuevo propósito de enmienda— conseguí vivir a través de una indiferencia (nada melancólica) que no era del todo recomendable. Trampeando, conociendo del recelo por lo aún no truncado, y con el papel adjudicado de cronista, si me permiten, de una publicación de escasa tirada: mi vida.

Pero ahora estaba en un monasterio de la mano de un Dios, prófugo, escondido de mí mismo, y con el amargo sabor de lo aún no asumido. Suspense en unos días que empezaban y acababan temprano. Con mis rodillas soportando el *peso*..., en las horas de oración: de psicoanalista un tipo barbudo, prendido de una cruz, su mirada se desliza frente a nosotros, compasiva, ajena. ¿Qué he de esperar?, le preguntaba. Tendrás según tu fe, decía el tío que decía. Pero entonces yo pensaba en Olga, en Carol, en don Eliseo, tomando macedonia de conserva en su residencia o en cómo mi madre seguía escondiendo fotos de mi padre en el fondo de un cajón. Y, sobre todo, distinguía de mis deseos, de mi voluntad, que como una pregunta recurrente me animaba a seguir, exigiéndome apurar las curvas, ampliar fronteras, asunto arriesgado este, Dionisio, tú sabrás lo que haces: la locura y la cordura eran los dos gestos de un mimo que obscenamente interpretaba su farsa sobre el escenario...

Junto a mí, Agustín, era el único (aún) que no era religioso. Me contaba del monasterio: de que si el padre Arístegui, Medina o Flores; de que me fuese preparando para el frío, se colaba por las rendijas de las ventanas y de nuestras almas y te partía para recordarte que estabas vivo; de que los huevos de esas gallinas eran los mejores que había probado en su vida. ¿Y qué me dices de don Joaquín?, me tentaba lo grave de su palidez, su silueta hambrienta, suicida, y su presencia ausente desde la torreta en la que vivía. Según Agustín —y no se refiere mucho el tema aquí, Dioni— fue capellán castrense en la legión, que estuvo en el asedio de Sidi-Ifni, hasta que había atendido en sus últimos momentos a Joaquín Fandos, y que empuñó un fusil..., y que de allí a aquí.

—Pero no baja mucho.

—Para algunas comidas y lo indispensable..., como ves, aquí tu tío el que se ocupa...

Alcé la vista hacia la torreta y la fijé durante unos segundos antes de preguntar:

—¿Y por qué estás aquí?

—Buena pregunta —su fregona ralentizó la marcha—. Es esto lo que quiero...

—¿Y no tienes la sensación de que hay cosas que se nos escapan?

—Puede ser, pero el espíritu lo abarca todo..., es lo que va quedando.

Con la mirada fija en el recorrido de la fregona ausculté a Agustín. Daba la impresión de que sabía bien de lo que hablaba, daba la impresión de que no había entendido al completo mi comentario.

—¿Y qué opinas de las mujeres? —sin saber el porqué de esa pregunta.

Agustín se desprendió de una mirada que dictaminó que yo no era más que un loco.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Me dijiste el otro día que ibas ya para un año aquí.

—Tuve un par de novias —se paró en seco—. Ambas me dejaron.

Quizá Agustín estaba allí para no tener que afrontar otros asuntos, pensé. ¿Pero no era eso lo que yo estaba haciendo? Sí, puede, pero lo mío era distinto, me contesté. ¿Y de qué te ha

valido?, volví a preguntarme. En definitiva ambos nos encontrábamos en el mismo lugar empuñando sendas fregonas.

Entre tanta espiritualidad opté por atender a cuestiones más terrenales: algunas horas en la cocina para aprender entre fogones, otro rato con el padre Medina, Quintana, le preguntaba al tío acerca de la familia para así rellenar algunos de los huecos que mi madre siempre se negó a aceptar. En una de esas hasta me adelanté a uno de los escasos paseos del prior por la arboleda... Lo seguí durante un rato para acelerar el paso, así hasta abordarlo, y cuando el supo de mí a sus espaldas, era demasiado tarde:

—Dijo Agustín que el invierno aquí es duro.

Él me miró receptivo, con extrañeza.

—Es cuestión de acostumbrarse.

Continuamos con el paseo. Por un instante me pareció que caminábamos hacia el abismo de un precipicio, ¡qué importaba! Acentuaban el silencio algunos de los alarmados trinos de los pájaros, resbalando la tarde en el rojo sangre moribundo del horizonte y en las historias que don Joaquín calló; se me rebelaron en el temblor del ramaje estrellado aquellas hazañas de brillo metálico: don Joaquín aguardaba en la trinchera, la culata se aferra al mentón, bayoneta calada y un crucifijo latiendo en su pecho, en mitad de la vida..., dispuesto a matar, a morir... Luego el estruendo de la barbarie, gritos tal vez, humo, y un silencio gélido de segundos (que queda) para retornar a la lucha; bostezo la muerta dormida, reincorporándose renqueante sobre el campo de batalla...

—Se nos viene el frío —nada original—. Me dijo el padre Tomás que pensaban comprar más estufas.

—Esperemos que para el próximo año, hijo. Este tendremos que conformarnos con las que tenemos —parecía añorar algo.

Los primeros días de diciembre pasaron como meses. Ese viento espinoso se clavaba en lo más profundo de los rezos de primera hora de la mañana, haciendo de la leche caliente, después, la cosa más importante del mundo. Ya en la noche, antes de dormir, los minutos frente a la estufa se convertían en horas: yo solo era entonces el frotar de mis manos y el abrazo áspero de unas viejas mantas, ¡parecía que hasta la Nada comenzaba a ser Algo! De nuevo los rezos del día siguiente se poblaban de

voces e imágenes: alguien me miraba fijamente como si no me hubiera visto nunca —parecía esperar—; de nuevo trataba de justificar mi partida de casa de Olga; me veía escapando con Carol, ambos buscábamos una nueva oportunidad que se acabaría desperdiciando; Justino, ginebra, perfumes caros, Dioni, Dioni, lo montaremos a lo grande; Dioni, Dioni, te amo, justo después de otro beso que también volvería a extraviarse, qué lástima tener que amar...; y un tacto líquido que salta a mi mano, y alguien que se abraza a mí para descolgarse lentamente con un aliento sorpresivo, torpe, de odio...

3

Fue casi por casualidad, en una de esas conversaciones perdidas entre madre e hijo, donde pude sobreentender que lo mío fue un embarazo de última hora. Tal vez fue por eso que mi padre salió despedido por la primera *curva* que tomó para caer despeñado por el barranco de la vida. Lo demás, una hermana algo mayor, correctamente casada; y la estrecha vida en un pisito de alquiler junto a una madre que gastó más amor y dinero del que le quedaba, para educarme e interceder luego en toda una serie de trabajos que desempeñé: chico de los recados en una imprenta, camarero o acomodador de un cine en quiebra. Sin nombrar como un trabajo, martes y jueves, lo de don Eliseo.

Sí, lo de don Eliseo era distinto. Solía llegar a su casa justo antes del almuerzo. Le servía la comida para después recoger la mesa, tómate el café conmigo, Dioni, no era tan viejo para aquel desamparo, está bien pero poco cargado. Luego dábamos nuestro paseo, le ayudaba a arreglarse, ¿voy bien, Dioni? El viejo era presumido. Unas veces llegábamos hasta el parque de la capilla, otras sin dirección fija, a sentarnos en cualquier terraza o cafetería. Aunque gracias a don Eliseo no era extraño que en ocasiones surcásemos los mares del Pacífico, tomásemos partido en alguna batalla, o nos distinguieran a bordo de barcasas a través de selvas imposibles...; así pude llegar a conocer a fondo su biblioteca. Todos los jueves me prestaba una novela, con única condición de que tendría que devolverla al jueves siguiente para que me prestase otra; no eran acumulables. Yo aprovechaba cualquier momento o lugar para leer, había que cumplir con los plazos.

También, por influencia de don Eliseo, fue lo de colarme como oyente en las clases de la universidad. Yo hacía esto cuando era joven, hijo, si te interesa la literatura ahí debes de aprender algo, además, Dioni, conocerás gente, que últimamente no te veo muy fino. Posiblemente don Eliseo tuviera razón. Volviendo la mirada podía verme acarrear con los últimos años; sin la pericia suficiente para fijar un rumbo, vagando de aquí para allá, convertido en un delincuente de poca monta que escudriñaba por las grietas de esta vida. Por qué no, instruirme, relacionarme, tal vez futuros clientes..., y ya de paso, si volaba alguna cartera... Además, qué coño, me dije una noche antes de apagar la luz de la mesita de noche, ahora que no estoy en la imprenta tengo más tiempo libre.

Como era mi primer día de clase, decidí perderme por los pasillos para conocer la universidad, asignaturas y horarios: ¿pueden creer que estuviera ilusionado? De esta forma llegué a la cafetería, no había desayunado, clase de latinoamericana a las diez en punto, apuré el carajillo, allí conocería a Olga: ocupé uno de los asientos de la primera fila para poder escuchar mejor las explicaciones, al poco llegó ella, que se sentó junto a mí; tras acomodar su falda y bolso, me dedicó una media sonrisa a modo de disculpa.

—No, no, el bolso no molesta —le dejé algo de espacio.

Con la clase avanzada y en mitad de un comentario del profesor, ella me preguntó:

—¿Dijo Donoso?

—¿Eh?, sí, sí —respondí, dónde estabas, Dioni.

—Gra-ci-as.

Tras acabar la clase, tuve que chocarme con ella al salir, uy, perdón, dónde se podría conseguir aquel libro del que habló el profesor... yo conocía de un librero por mi barrio, puede que allí, ya le contaría, pues a ver si lo encontraba..., que como ella las dos semanas siguientes iba a faltar, un viaje o algo así, iba a necesitar los apuntes, claro, no había problema.

—¿Cómo te llamas?

—Olga, ¿Y tú?

Fácil de entender por qué los hombres somos tan predecibles y nos plegamos casi siempre ante lo mismo. Olga era

una niña bien que no estaba nada mal, ojos verdes aceituna, melena cobre, y con una figurita que descuidaba con habilidad, muy a la moda.

Como falté algunos días, tuve que hacer de Olga con otras compañeras de clase para confeccionar unos apuntes con todos los temas con los que se avanzaba.

Volvimos a vernos. Ella estaba algo estresada, no quiso contarme por qué, además le habían dicho que los temarios de algunas asignaturas eran muy amplios.

—No será tanto.

—Oye, Dioni, pero yo a ti te veo muy tranquilo.

—Bueno, la verdad es que no ando matriculado de muchas asignaturas —se me ocurrió decir que también trabajaba...

—¿Trabajas?

—Más o menos —respondí.

Olga no tardó mucho en convencerme para que estudiásemos juntos; o lo que era igual, que yo hiciese el trabajo sucio y le fuera explicando. Lo cierto es que un tiempo después estaba en su casa.

—Este es Dioni, un compañero de la universidad. Vamos a estudiar asignaturas juntos.

Por más que intenté explicarle los temas que me había preparado, nuestra velada no acababa siendo otra cosa distinta a un *menage a trois* entre Olga, yo y un tal *Ribera del Duero* —su padre era aficionado—. Era obvio que a ella no le interesaba como debieran aquellas lecciones, y no sería yo quien la juzgase. ¿Nos acabamos la botella? ¿Por qué no?, pude contestar en cierta ocasión encarando otro brindis, del que se escaparon algunas gotas que colorearon el libro de texto.

Después de algunas sesiones más de estudio y al enterarme de que en el acceso para los exámenes había que identificarse a modo de control, decidí que lo mejor sería confesar, intuí que en el fondo a Olga no le importaría mucho. Ahora resultaba que yo era un fulano que llevaba un tiempo devorando libros por culpa de un jubilado, y que lo de colarme como oyente había sido recomendación suya, para de paso aprender algo y escapar de un mundo, a veces, demasiado mío.

—¿Y por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Realmente llegué a creer que el examen era importante para ti —¡menudo caradura!

—¿Es que no lo crees?

—No tanto como otras cosas —dije y propuse tomar algo, estaba en deuda con ella.

—Bah, no importa, Dioni.

Tras el tiempo de rigor despidiéndose de su panda, Olga recogió su bolso y salimos a la tarde soleada. Hablamos. Yo le conté lo que ella podía escuchar, lo del aún cine *Europa*, que en la imprenta un amigo del sobrino del jefe ya había ocupado mi puesto, a ver si conocía a don Eliseo, y que yo tenía más edad de la que aparentaba, ah, sííí, pues yo veintisiete, aparentabas menos, la verdad. Hablamos de la novela contemporánea, de cómo eran nuestras noches, de un tipo de la calle o de que llevaba un tiempo detrás de un bolso igual que aquel. Ella me confesó que mi mentira no dejaba de tener algo de romántico, de todas formas no tenía prisa en acabar la carrera, lo llevaría con calma, por qué no seguir echándole una mano con los exámenes, podíamos preparar otras cosas..., y que lo dejara, que ya había pagado ella.

Seguimos viéndonos. No era mala cosa pasar el rato con una chica como ella: entusiasta, cariñosa, y cada vez más guapa. Entonces una noche sucedió y volvió a suceder otra. Pero lo que al principio no fue nada más que algo entre este maldito vino y dos chicos jóvenes, según ella, poco a poco comenzamos a reconocernos el uno en el otro, a buscarnos, a buscar excusas para hacerlo... Aunque después de todos estos años mi historia con Olga me resulta ajena, lo cierto es que ella y yo estábamos ahí en ese momento creyendo que el amor, que nuestro amor, podría con todo.

No sé por qué no le conté que lo de las mujeres —eso que nos cuesta entender y que todos hemos maldecido y deseado— nunca había sido una de mis especialidades, que tuve algunas novias que ya solo eran rastros en los laberintos del recuerdo. No le dije que vivir con alguien no era fácil —sabía de lo que hablaba—, que mi cuenta corriente eran mis bolsillos y el falso fondo de un cajón donde metía los calcetines. No le dije que a veces, sin saber por qué, me daba por levantarme en la media noche para salir a pasear, que de vez en

cuando necesitaba sentirme solo, y que hubo un día en que perdí las ganas de hacer algo como lo que ella me estaba proponiendo...

Mientras tanto yo tenía la sensación de que me presentaba a sus amistades como todo un ejemplo —no sé por qué, ni de qué—: y es un chico que además de trabajar para sacar adelante a su madre, estudia, y no es ningún burguesito, dice que le gustaría escribir, a ver si vas a tener en tus brazos a un futuro literato, Olga, debían de contestarle.

—Qué tontos sois —ante sus risas—. Es un tipo misterioso —les diría—. ¿No os recuerda a un existencialista francés?, con ese toque..., tan descuidado —ellos se buscarían con las miradas.

Pero como aquel pisito en el centro no estaba nada mal, había poco que perder, y algunas veces me sorprendía desayunando con el deseo de haber dormido con ella, decidí acallar algunas de mis voces discrepantes y acepté; además, mi madre —a la que Olga supo ganarse— estaba de nuevo ilusionada, Dionisio, cada mujer es un caso, por probar...

Nuestros primeros meses fueron fácilmente predecibles, a los que pronto se sumaron planes de mayor envergadura, comidas en casa de papá —¿Dionisio, y tú a qué te dedicas?—; continuos cambios en la decoración del piso, como promesa de una felicidad demasiado pulcra pero desteñida; y, a falta de círculos propios, reuniones con su panda en las que tras un tiempo prudencial comencé a sentirme preso. Mi única pretensión allí era aparentar interés, a veces sonreír y procurarles las drogas que consumían: está bien, Olga, pero has de tener en cuenta que la dialéctica maoísta no deja lugar a esas cuestiones..., había que salir de nuevo a la calle, ya tenemos los pasquines, y en última instancia la propiedad comunal... y así seguían exponiendo esas ideas míticas del mundo y de la justicia, hasta que una de mis muecas coincidían con el cansancio de Olga.

—Bueno, nosotros nos vamos. ¿Verdad, cariño?

—¿Ya os marcháis?

—¿Vendréis el jueves al acto?

—¿Iremos, Dioni?

—No sé. ¿Cuándo es...?

Cambiando alguna estrofa, todo aquello era una canción que yo ya había tarareado: y eso que yo, como cualquiera, pensaba en compartir mi vida con alguien: todo es más fácil al tener un apoyo... Pero al final, y tal vez por mala suerte, se iba formando un halo receloso que un culo de mal asiento como yo, por lo visto, no sabía afrontar como era debido: ahhh, *l'amour*.

4

Qué caprichoso es el paso del tiempo que empequeñece unas cosas y hace grandes otras. En este caso, la estancia en el monasterio me iba sirviendo para tomar perspectiva. Intentaba como recapitular extraños fotogramas —puede que para justificarme—, que aparecían y desaparecían en distintos colores. Yo estaba en todos, escuchando las palabras que entonces se callaron (ya es tarde) y que ahora me cuesta volver a repetir. De pronto miro a mi alrededor, olor húmedo, polvo reposado, son las estanterías de la biblioteca de un monasterio perdido.

—Leyendo otro libro, escondido en otra tarde, esperando, esperando..., como me aconsejó el tío.

Estábamos sintiendo alejarse el invierno, con desgana, sin gravedad. En el tacto rutinario de los días, de forma disimulada, el sol se iba deslizando; y los días de marzo, de abril, se alargaban. No llegamos a saber del verano totalmente —sin prácticamente primavera—, protegidos por los muros y la altura del monasterio; como extraviados del curso consecuente de los meses: días más luminosos, la algarabía renovada de los pájaros y la ausencia de ese relente conciso, brusco.

Resulta que una tarde última de septiembre subí a una de las azoteas para tender las sábanas de la semana. Algunos reflejos de sol merodeaban. Entonces uno de ellos me deslumbró. Bajé el rostro. Volvió. Coloqué la mano como visera. Trepó por mi cuello volviendo a hacerme saber de él, esculpiéndose en una de las sábanas. Giré para desviar la mirada: frente a mí, lo inabarcable del firmamento, un rumor callado, su impuni-

dad... Un golpetazo de viento estalló sobre las sábanas y desmembró el sol sobre mí. Pude ignorar aquello, conocía ese oficio. Mamá vino a mi mente. Me acerqué a la cornisa y miré hacia abajo como quien presencia una desilusión. Mis piernas temblaron, aspiré profundo, y dije unas palabras..., algo súbito, verídico..., de pronto me di cuenta que había permanecido demasiado tiempo allí.

Pasaron un par de semanas, ya le llevaba dando vueltas: después de la cena, tuve mi última reunión con don Joaquín.

—Pasa, Dionisio, está abierto —y tras un silencio característico—: de modo que finalmente consideraste lo de ese trabajo... No, no estoy exigiendo respuesta alguna. Has estado un tiempo con nosotros. Tan solo quería despedirme para desearte lo mejor; aunque antes me gustaría hacerte unas recomendaciones...

Ya tenía mi nada original equipaje esperando sobre el jergón: algunos libros que tomé *prestados* de la biblioteca, con mi reducido vestuario al que se sumó alguna aportación por parte del tío, que me acercó al día siguiente junto a Quintana a la estación para coger el tren de las once.

—Te echaremos en falta, Dionisio.

—Ya os llamaré o escribiré alguna carta —sonreí con gravedad.

Tras la espera pertinente en la estación y en mi asiento, después, el viaje comenzó a concretarse con los lentos crujidos de las vías y el acompasado movimiento de todo a mí alrededor. Por delante, cuatro horas de trayecto. Luego cogería en algún lugar un autobús a las cuatro y media que en tres horas más me dejaría en mi destino.

Atrás quedaba mi estancia en el monasterio; algunas ilusiones; algunas promesas, las hechas y las recibidas; lo no asumido..., que me seguía echando el aliento, estuviera uno donde estuviera. Treinta y cinco años al fin y al cabo, solo por la *gracia* de Dios, desapareciendo en los kilómetros, acomodado en la deriva y padeciendo de ciertas melancolías: gentes que entraban, decían algo y se iban.

A modo de interferencia sobre el paisaje pedregoso, constante y efímero, el paso del revisor, y el de una chica avispada que vendía bolsas de patatas...; retazos de una vida, deformados unos y maquillados otros, como si empujasen para llevarme sin remedio posible a la casa de esa tal Lucrecia Viñal. Una llovizna comenzó a posarse sobre la ventanilla haciendo más borroso mi duermevela, que junto a la lectura, algún sobresalto e inútil acomodo de mi cabeza contra el cristal, me escoltaron parada tras parada. Antes de coger ese autobús tuve tiempo para absorber un bocadillo y masticar un café. Luego me entregué a los irregulares trazos de una carretera comarcal e impaciencia de mis pies bajo el asiento.

Ya quedaba menos. Volví a sacar el sobre que me dio el tío: Lucrecia Viñal Gaité. Calle Bastidores número once. Lo leí varias veces, como buscando significado; ¿no sonaba a advertencia? Sin darme cuenta volví a tirar de las riendas de mi imaginación, costumbre que había adquirido tal vez por cobardía y seguro que por instinto de supervivencia: comencé a delinear una nueva aventura donde Dionisio Roldan escribía una historia. Ella esperaba en una oscura cafetería cerca de la frontera, y yo era el *Hombre*. Tenía la descripción y la contraseña: ella estaría atenta, debía colocarme a su izquierda, y cuando llegase a su altura:

—El clima anda revuelto.

—A veces ocurre —reparo en su escote. Nadie me había hablado de eso.

—¿Hasta en mitad de mayo?

—Crucemos los dedos para que mejore —se inclinó otro poco hacia mí, deslizó el sobre encima de la mesa y dejó un billete junto a su copa—: a las nueve en *El Metropol*, allí recibirá nuevas instrucciones.

¿Nuevas instrucciones? ¿En *El Metropol*? Algo no encajaba...

Pero tuve que volver a mi autobús ¿cuánto tiempo llevaba sin tocar a una mujer? Mejor no saberlo, me dije. Por dónde iba, ah, sí, Lucrecia Viñal Gaité...

Por fin llegué a mi destino. Al bajar del autobús resoplé de forma fatigosa inflando el pecho, soltando el aire lentamente. Allí estaba, en medio una placita de un pueblo del interior, poco

más que pequeño, quieto, grisáceo. Saqué de nuevo el sobre y le eché otro vistazo: aquí todo debe de estar cerca, y eché andar. Consulté al primer viejo que pasó, no, no, no queda lejos..., en todo caso pregunte usted ya por allí si es que se pierde. Ya sentía como mi presencia se propagaba para formar parte de las crónicas del lugar, reinventado en algunas de las miradas con las que me crucé. Se giraban los cuellos, los propósitos, las fabulaciones, ese, ese debe ser, víctima de una curiosidad intrascendente: aquellas miradas parecían saber del castigo a propinar a esa amenaza que les mandaba el resto del mundo.

Sobre el agradable olor de una alfombra de hojas podridas mi paso disimulado, atento. Seguí con la búsqueda estrellando mis preguntas contra nuevos recelos, sí, sí, por ahí va bien... Algunos cigarros mascullando y un par más de ¿usted no sabrá...? , me colocaron, ilustre forastero ya, sobre el empedrado de la calle Bastidores. Miré a mi izquierda. Era el número tres.

Unos metros después de pasar el número nueve de la calle, las grietas de un muro me señalaron una verja de puntas de lanza que daba entrada a un caserón que destacaba, y, que supuse debía corresponder con el número once en ausencia de numeración alguna. Ausculté a conciencia el portón en busca de un timbre. Tanteé en los laterales, en el reverso de la verja, algunos de los recovecos que el muro mostraba y escondía, sin mucho éxito. No me quedó otra que usar la aldaba que tenía frente a mí, y que llevaba un rato temiendo tener que utilizar. En mis dos primeros golpes opté por una imposible discreción que intuía cada vez más acechada. Alcé la vista. Murmuré algo. Frente a mí, aquella casona de melancolía, aquellas yedras que trepaban. Esperé un rato con cierto alivio que se esfumó cuando tuve que volver a llamar, esta vez más fuerte. La situación comenzó a incomodarme, ya me había parecido ver correrse algún visillo y notar sobre mí la vigilancia de una calle que, de pronto, se había quedado más vacía.

Inesperadamente a esto, desde una calle contigua apareció un joven en una bicicleta que al cruzarse conmigo, me dijo:

—El din-don está adentro, abajo —y apretó frenéticamente su pedaleo hasta doblar la primera esquina. Me dio la impresión de que era un fantasma que se había materializado solo para proporcionarme aquella información.

En consecuencia, empotré la cabeza entre los barrotes del portón y vi oculto entre la maleza que ascendía un diminuto botón rojo colgado de unos cables. Lo apreté. Sonó entonces ese grave y apagado din-don al que me habían hecho referencia, pero nadie salió. Mordiéndome los labios volví a apretarlo en varias ocasiones, ya resignado, y aún con la esperanza de que allí hubiera alguien. Pero no, delante aquella fachada, con su silencio e indiferencia, como si fuera un espejismo que tan solo yo pudiese ver. En esas disparatadas reflexiones estaba cuando oí el remoto, vaaaa..., que precipitó un suspiro de alivio, y que me hizo recolocar mi apariencia..., por aquello de causar buena impresión.

—¿Qué es lo que quiere? —acerté a escuchar de una voz enérgica que provenía de algún lugar.

Al buscar esa voz, distinguí una silueta recortada entre las formas retorcidas del jardín, que se dirigía hacia mí.

—¿Qué es lo que quiere?

Una mujer alta, delgada como un cuchillo, se mantenía erguida a escasos metros.

—Soy Dionisio, vengo de parte del padre Tomás.

—¡Ah, con que es usted! —relajó el gesto—. La verdad, es que aún no le esperaba.

—Sí, bueno, en el último momento decidí coger el tren de las once para no llegar tan tarde.

—Discúlpeme usted... Además, no sé por qué me había hecho la idea de alguien con más edad.

—...

—¿Ha estado llamando durante mucho tiempo? —preguntó con una cortesía algo forzada.

—Pues la verdad es que el suficiente como para pensar si me había equivocado de casa.

—No sabe cuánto lo siento. Estaba en la parte trasera —dijo tirando de su camisa entallada hacia abajo—. Pero pase, pase, no se quede ahí —y en un par de movimientos corrió el fatigoso pasador que atrancaba la verja.

Era una mujer madura, ¿pero de qué edad? Posiblemente algunos años menos de los que su desapego y canas estiradas hasta un moño, pretendían ocultar. Mi expectativa era la misma que la de ella conmigo, no supe si en cuanto a la edad o la de alguien más... De pronto un autoritario ¡sígamel!, tiró de mí, le

enseñaré sus aposentos, tendrá ganas de ir instalándose. Sus acharolados botines me tomaron la delantera, marcando un paso marcial que intenté seguir con mis dos maletas columpiándose y sirviéndose de contrapeso la una a la otra.

Entramos por unos de los costados de la fachada, y sacando un escandaloso manojito de llaves me explicó: este adosado lo añadí con el paso del tiempo, hace ya que Bernardo se fue, desde entonces nadie lo ha ocupado..., y abrió la puerta por la que accedimos. Era un cuarto amplio, diríase que digno: una percha de pie junto a una mecedora, sillón con mesita, frente a la cama aquel armatoste de armario. Y aquí tiene un aseo, y esta otra puerta da al pasillo, a la vuelta tiene la cocina, que podrá utilizar cuando le parezca.

Siguió descubriéndome la casa, algo desabrigada para una sola persona: sus altos techos y bóvedas acentuaban nuestra pequeñez, y una penumbra de polvo, recortaba sombras que simulaban completar parte de los espacios del escaso mobiliario. A la parte baja se accedía por un vestidor, frente a él unas escaleras que partían la planta. A la derecha un par de cuartos cerrados, cocina y comedor, hace mucho tiempo que no lo utilizo, como puede intuir las compañías para mí hace que han pasado de largo... En el ala izquierda un salón de estar comunicaba a la biblioteca y un cuarto de paso a las partes traseras del patio. Según ella, cuando apretaba el frío, y a modo de reclusión obligada, hacía la vida en la parte alta: prácticamente me he instalado arriba, si algo sobraba allí era espacio.

Concisa, protocolaria, siguió explicando los pormenores: como verá hay mucho que hacer, algunos de los conductos de la calefacción deben de estar obstruidos..., o tal vez sean las llaves de paso; por lo demás, ya habrá visto que parte de instalación eléctrica falla —una loseta suelta bailó su propio crujido—, y bueno... el jardín necesita... Pero no quiero entretenerle más, resolvió con una especie de franqueza masculina, acomódese y descanse.

Justo cuando me disponía a hacerlo, me sugirió que si tenía hambre podía pasar a la cocina, o también puede tomar algo afuera.

—Y de paso les serviré de entretenimiento —observé sin querer.

—Bueno, ya se sabe cómo es la gente de los pueblos... —dictaminó con ese tono indiferente que produce el conocimiento de las cosas—. Y ahora, tengo que dejarle, hay algunos papeles amontonados en el despacho.

—Hasta mañana, entonces, señora —dije en mitad del ademán que ambos hicimos para despedirnos. Un metro después, ella se giró como si hubiera olvidado algo.

—¡Ah!, y disculpe, Dionisio, pero no sé si sabrá que yo no soy señora de nadie.

La ampolleta de la lámpara, que alcanzaba a alumbrar los primeros peldaños de escalera, me descubrió cierta imprecisión en su ojo derecho, y una forzada sonrisa que mostró la funda dorada de uno de sus premolares. Yo concedí la rectificación, y ella se perdió escaleras arriba.

Volví a mi aposento, me dispuse a instalarme. Mi silencio sonrió. Probé la cama, corrí y descorrí las cortinas, abrí el armario —perchas de sobra—, tiré de la cisterna, los grifos escupían el agua. De las dos ventanas que tenía el cuarto, una daba a los muros laterales que limitaban el terreno, y la otra, al espacio ajardinado de la entrada. Y en cada percha que se usaba, pantalón doblado, cajón que se abría o cosa que se iba disponiendo; se colocaban también algunos interrogantes: ¿quién era aquella amiga de mi tío?, ¿en sus años de universidad...? ¿Qué era lo que yo debía de esperar? Sin duda unas preguntas que con el paso de las fechas se irían respondiendo o diluyendo en lo rutinario, en lo predecible. En consecuencia, secundado por la suplica de mis tripas, y aprovechando lo furtivo de la noche que crecía, salí a la calle para cenar algo.

No tuve que buscar mucho. A la vuelta de la esquina había una tasca con un letrero escondido y casi alumbrado: taberna *El Tiritón*. Nada más entré, pude comprobar el porqué de su nombre. Una estrecha barra corrida te saludaba al cruzar la puerta. Adentro, dos espacios: uno frente a la barra con cuatro mesitas apretadas, y otro justo al entrar con otra mesa que intentaba como asomarse a la calle.

En ausencia de indicación alguna de comida o algo que se la pareciese, me dirigí a la triste cordialidad del tabernero para ver qué es lo que podía ofrecerme. Me comentó que no

era un buen día, su mujer estaba en casa con otro de *esos* dolores de cabeza, pero aun así le puedo preparar un bocadillo o unas papas revueltas, flemático, gallego.

Con mi decisión —que mantuvo en vilo a dos viejos acodados al fondo— tomada, me senté en una de las mesitas con una copa de vino grasienta como compañía. Al rato, el patrón arrastraba su cojera hasta la mesa con el plato aceitoso de cebollas, pimientos y patatas: ¿me trae usted pan?

Por culpa del hambre, no tardé mucho en contestar a la pregunta que el *chef* se cobró de mis monedas. ¿Cómo estaba eso? —Fenómeno —mentí.

A mi salida reparé en un viejo que tomaba asiento agazapado en el recodo de la entrada, su aspecto era de boxeador, o puede que de sacristán; lo cierto es que me dedicó un gesto con la cabeza que alzó su vaso, y que yo respondí atentamente. Afuera, la temperatura había bajado. Subí los cuellos de mi chaqueta. Mis párpados exigían descanso. Un día largo, me dije, mañana hay cosas que hacer.